



Alguien inesperado lo cambiará todo.
Ahora, tendrán que decidir dónde está
su felicidad.

**MÁS FUERTE QUE
MI HONOR**

TEAM PLAYERS

CLARA H. VIAL

**La felicidad puede irse
en un instante y regresar
con un solo detalle.**

PRÓLOGO

Jonah

El asunto de los «estereotipos» me había perseguido siempre. Aparentemente, mi elección de carrera era incompatible con que midiera un metro noventa y seis, que hubiese sido jugador de rugby y que pareciera tanque, porque pesaba cien kilos. Lo que la gente esperaba, era que fuera una cabeza de músculo atrofiado por las contusiones, y no alguien con un cargo directivo en una universidad.

Ser tan grande como yo, tenía sus ventajas, sobre todo, cuando querías pintar el cielo, alcanzar algo de la alacena o ayudar a alguna señora en el supermercado a sacar lo más alto de las estanterías; pero en la vida diaria era una pesadilla.

Tenía buena llegada con las mujeres, a veces, incluso suficiente como para sentirme incómodo por las «atenciones especiales» u ofertas que recibía. Prefería mantenerme al margen de todo y seguir con mi vida, que era básicamente simple y tranquila.

Estaba tan acostumbrado a vivir en mi mundo lleno de números, que a veces olvidaba que lo importante, debía decirse con palabras.

Sin embargo, con los años, había aprendido que las desilusiones podían calar hondo y generar

heridas indelebles en la piel, en el corazón y en el alma.

Mis amigos: Max, Alex, Tommy y yo, nos conocimos el día de las pruebas de acceso al mejor equipo de rugby, *The Flyers*, cuando teníamos ocho años.

Lo que nos unió en un principio fue que éramos un grupo de desadaptados, cada uno más diferente del otro, pero todos enfocados en lo mismo, jugar hasta dejar el alma en la cancha. Max era tan rígido y cuadrado, que le era prácticamente imposible pensar en forma creativa; Alex era rápido y certero, pero tan terco que le costaba entender cuándo ir por un pase o dar un *tackle*¹; Tommy era tan flaco que solo un empujón lo llevaba al suelo y yo; era el gordo que apenas podía con el trasero y que, cuando corría más de cinco metros, debía detenerse para tomar aire y no morir de asfixia. En esa época, ninguno de nosotros prometía más que esfuerzo y entusiasmo. Lo que en un principio había parecido una debilidad, con el tiempo, se convirtió en nuestra mayor fortaleza.

Si en esa época me hubiesen dicho que me convertiría en primera línea del mejor equipo de rugby y que, sería el mejor en la posición número tres, pilar en la formación, y, además, que seríamos

¹ Tackle: En rugby es cuando quien lleva el balón es llevado al suelo por uno o más oponentes.

campeones indiscutidos por años, no lo habría creído.

De niño, la única razón por la que mi madre apoyó que me uniera al equipo, fue para que dejara de ser un superdotado y bajara de peso. Era aprehensiva con lo de las lesiones y odiaba ir a los partidos. La primera vez que tuve una contusión, no me dejó salir de la cama por dos semanas. Esa fue la razón por la que me sentí motivado para ser el mejor, ya que era la única manera de evitar causarle pánico en los juegos de todos los domingos, en los que participé por más de una década.

Ella deseaba que me convirtiera en: el macho alfa supremo, que fuera un «chico rudo» y que siguiera los pasos de mi padre, que falleció, cuando yo tenía solo diez años. Él había sido el caballero por excelencia, el hombre ejemplar, etcétera, etcétera, etcétera.

No tenía problemas en continuar con su legado, pero, por más que puse esfuerzo en la tarea y a pesar de haber sido un deportista de alto rendimiento, se me daban bien las matemáticas y me gustaba la ciencia.

Cuando tenía veinte años y estudiaba todavía, pensaba que a los treinta mi vida estaría resuelta, o al menos, en el camino correcto. Había gente que creía que la verdad de mi soledad estaba en que no era una persona sociable, otros pensaban que tenía

problemas para relacionarme y otros, simplemente, que tenía el síndrome de Asperger.

Mis amigos se reían de mí y solían decirle al mundo que me parecía a *Sheldon Cooper*. Sin embargo, ellos sabían cuál era la verdad, y, desvelar más información no solo era privado, sino que además era innecesario.

Nunca me sentí ni especial ni privilegiado, aun cuando, en vez de terminar mi licenciatura en física en cinco años, lo hice en tres. Cuando estaba por graduarme y después de que rendí los últimos exámenes, el decano me ofreció una beca para asistir a *MIT*². Sí, al *Instituto Tecnológico de Massachusetts*, con la única condición de que, a mi regreso, me hiciera cargo del departamento de física y ciencias medioambientales.

Estudí como loco, pero compensé ciertos aspectos porque no tenía intenciones de morir de estrés, cumplí con todo y terminé en menos de tres años. A los veinticinco, ya contaba con mi doctorado con distinción *summa cum laude*³, y era el único con ese grado que estuviera bajo los treinta años.

En el último tiempo, había visto cómo mis amigos avanzaban en la dirección correcta, habían consolidado sus carreras y cada uno, vivía con la mujer de su vida. Estaban construyendo sus propias

² MIT: Massachusetts Institute of Technology

³ Summa cum laude es la calificación universitaria máxima.

familias y si de mí hubiese dependido, habría sido el primero en hacerlo.

CAPÍTULO 1

Jonah

Mensaje de: Equipo

Tommy: Los espero en *Jack's* en una hora.

Alex: ¿Qué hiciste?

Tommy: Nada.

Max: ¿Qué necesitas?

Tommy: Todavía nada.

Yo: ¿Tiene que ser ahora?

Tommy: Sí.

...

Tommy: Entonces...

...

Tommy: ¿Los espero en *Jack's* en una hora?

Alex: En treinta minutos, no te atrases.

Tommy: No alcanzo a llegar.

Alex: Está bien, en una hora.

Max: Apenas termine de hacer dormir a Daniel.

Yo: Dile a Cass que irá mañana a ver al pequeño.

Max: Va a estar feliz.

Alex: Bueno... y entonces... ¿Vas?

Max: Ya te dije, apenas termine.

Tommy: Yo pago las copas.

Yo: Es lo mínimo.

Tommy: ¿Los veo?

Max: Sí.

Alex: Sí.

Yo: Sí.

«¿Qué *mierda* puede querer ahora?».

Tommy era experto en desarmar los planes de todo el mundo.

Si bien estudiamos carreras diferentes, compartimos apartamento cuando estábamos en la facultad. No solo fuimos compañeros de equipo desde los ocho, sino que además vivimos juntos por tres años. Decir que éramos mejores amigos era lo mínimo para describir lo bien que nos conocíamos.

Solía llamarnos a reuniones de emergencia en nuestro bar favorito, y solo a veces, había cosas que calificaban como urgentes... Aunque debía concederle que, los últimos meses para él, habían sido una serie de trágicos incidentes.

Afortunadamente, era viernes y eso me permitiría llegar a casa para acostarme temprano y dormir de corrido hasta el día siguiente. No era de los que disfrutaban del traspasado, y mucho menos, el rey de las fiestas. Prefería ir a la cama a una hora decente, hacer deporte por las mañanas y concentrarme en

cosas útiles. Sin embargo, qué iba a hacer, era Tommy después de todo.

Alex ya estaba en la mesa cuando llegué y los demás todavía no se veían por ningún lado.

—¿Lo de siempre? —preguntó Fred, el camarero, antes de que yo llegara a la mesa—. Sí, gracias.

—¡Hola! —Alex se levantó y nos saludamos como hacíamos siempre, con un abrazo y una palmada en la espalda.

—¿Cómo estás? —pregunté cuando nos sentamos.

—Ya sabes... un poco loco. Penny está estresada con los preparativos, aunque Cass ha ayudado bastante porque Emily ha estado muy ocupada.

—¿Emily?

—Sí, imagínate. Desde que volvió Lia a la pantalla, Em no ha parado y están compitiendo duro por la sintonía.

Lia era la novia de Tommy y trabajaba en un canal de televisión, tenía un programa estelar de noticias y entrevistas, que partía a las siete y terminaba a las nueve de la noche. Emily, por su parte, era la mejor amiga de Penny, la prometida de Alex. Ella trabajaba en el canal once, su competencia.

—¡Hola! —dijo Tommy que venía caminando con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Max todavía no llega?

—No —respondimos Alex y yo al mismo tiempo.

—¿Otra coca cola? —le preguntó Tommy.

—Sí, gracias. —Antes de sentarse fue a la barra, Alex no bebía alcohol porque había tenido problemas y los excesos, tiempo atrás, le habían pasado una cuenta muy alta.

Al mismo tiempo en que Tommy volvió a la mesa, vimos a Max que venía hacia nosotros con su móvil en la mano.

—¿Qué tal?

—Entonces... ¿Cuál es la urgencia esta vez?

—Pues bien... verán... —comenzó Tommy—. He decidido proponerle matrimonio a Lia.

—¿En serio? —Alex frunció el ceño y él asintió. Si había alguno de nosotros que siempre se mostró alérgico a esa opción, era él.

—Sí. Y... antes de que sigan preguntando... Estoy muy seguro. —No era mi intención ridiculizarlo, pero parecía dibujo animado con corazones en los ojos.

—Entonces... ¡Felicitaciones! —dijo Max y se levantó para darle un abrazo, gesto que imitamos Alex y yo.

—¿Cuándo vas a hacerlo? —pregunté.

—No lo sé todavía, podrías acompañarme mañana a comprar el anillo.

—No puedo. —Estaba seguro de que yo no era la persona correcta para acompañarlo, pensar en anillos y diamantes, todavía hacía que se me hiciera un nudo en la garganta.

—No te preocupes, yo te acompaño —dijo Max después de que me miró fijo y golpeó la mesa con los dedos.

Nadie creía, a pesar de que era cierto, que hacía todo lo posible por llegar a la hora a todas partes. Siempre... no miento..., siempre había algo que me impedía salir a tiempo. Alex era un maniático con los horarios y para él, la puntualidad, «era un tema». Era capaz de pasar diez minutos sin problemas, regalándote argumentos innecesarios sobre la importancia del respeto con «el tiempo de los otros», y que no existía tal cosa como los «márgenes de error aceptables». Llevábamos más de veinte años teniendo la misma discusión y, me había acostumbrado a agachar la cabeza. Ya no enrollaba los ojos ni trataba de argumentar... Porque eso sí que era una pérdida de tiempo.

—¿Sabes cómo se encuentra el novio del año? —pregunté a Tommy cuando llegué a la plaza central un par de sábados después, luego de una larga noche

de cálculos para un nuevo proyecto, pero, aun así, preparado para nuestra maratón de la semana.

—Si consideramos que viene diez minutos tarde por primera vez desde que nos conocemos...

—Mmm.

—No puede ser tan terrible. —¿O sí? Sabía que estaba nervioso, ya que, nos encontrábamos a nueve horas de su boda.

—Max dijo que lo traería, así que no creo que demoren mucho más... Ahí vienen. —Me mostró Tommy con la mano un par de minutos después. Alex venía serio, incluso algo pálido, y Max, que caminaba a su lado, se reía con ganas.

El día nos acompañaba, estaba completamente despejado, el color del cielo era un azul celeste brillante y el sol, que se estaba acomodando todavía perezoso, dejaba que la brisa fuera tibia y no sofocante.

—¿Cómo estás, amigo? —dijo Tommy cuando se acercó para darle un abrazo y una palmada en la espalda.

—Mmm —gruñó Alex.

—Tengan cuidado —advirtió Max—, está tan nervioso que no ha dicho nada desde que lo recogí en su casa.

—Anda, que no puede ser tan terrible. —Lo defendí.

—¿No? ¿Quieres hacer la prueba?... Pues adelante —remató Max.

—Eres un idiota. ¿Ajustamos relojes? —La expresión que le regaló Alex fue la de un asesino en serie, preparándose para su próxima víctima.

—Por supuesto, *coach* —respondió Tommy en un tono burlón.

La marca de inicio era siempre la misma, desde el centro de la plaza y en dirección a la cumbre del valle, desde donde podíamos admirar la ciudad y sus maravillas, todos los fines de semana.

Después de haber salido del equipo, todos, excepto Alex, que siguió como profesional y que ahora era el *coach* y director de *The Flyers*, trabajábamos en diferentes rubros. Max era abogado, dueño de una de las firmas más importantes y de la Fundación Russell, que se dedicaba a recaudar fondos para actividades benéficas. Tommy era periodista y se había convertido en uno de los conductores más famosos de la televisión abierta, y ahora, se encontraba «en un receso o buscando nuevos horizontes», en otras palabras, en búsqueda de un nuevo trabajo. Yo, por mi parte, no contaba con tanto *glamour*; era el jefe del departamento de física de la facultad, daba clases, me dedicaba a la investigación y me encantaba hacerlo.

—¿Están listos? —preguntó Max.

—Más de lo que he estado en mi vida —
respondió Alex y comenzó a correr.

Aparentemente, todos lo estábamos,
demoramos quince minutos menos de lo habitual y
terminamos antes del mediodía.

Mientras corríamos, pensaba en el cómo habían
cambiado las cosas para todos. Max llevaba tiempo
casado y tenía un hijo de casi dos años, el matrimonio
de Alex sería esa misma noche; Tommy llevaba seis
meses con Lia e iba en serio. Sin embargo, yo seguía
en lo de siempre, aunque si de mí hubiese
dependido, la cosa sería distinta.

Los preparativos para el matrimonio de Alex
recayeron en la novia y su escuadrón, compuesto por
ella, Emily y Cassandra.

Nuestro único aporte fue, mantener al novio en
condiciones de no perder la cabeza y vestarnos de
acuerdo con la ocasión.

Mis amigos y yo fuimos a la misma sastrería,
Max insistió en que *Brioni* era la única marca que
lograría el calce perfecto para nosotros, y, aunque nos
opusimos al principio, el muy tirano se salió con la
suya cuando nos informó que había pagado por
adelantado y que esperaban para tomar nuestras
medidas.

Tenía claro que esa noche, vería cómo el
destino entre Alex y Penny se materializaba y cómo

las verdades entre Tommy y Lia se hacían más fuertes. Yo, disfrutaría con ellos, pero como observador. Claramente, ese, todavía no era mi camino.

CAPÍTULO 2

Jonah

S*eis meses atrás...*

—¿Viste el regimiento de paparazzi que había a la salida del departamento de Tommy? —me preguntó Alex cuando llegué. Como era nuestra costumbre desde que estudiábamos en la facultad, todos los sábados nos encontrábamos en la plaza central para correr veintiún kilómetros. Era raro que alguno de nosotros faltara, por lo general, sucedía solo si alguien estaba enfermo, lesionado o fuera del país. Si bien, el estilo de vida de cada uno era diferente, aunque tuviera que arrastrarme calle abajo, siempre llegaba.

—Supe, pero la verdad es que no lo vi.

—Mira. —Sacó el móvil del bolsillo y me mostró un artículo de *Vogue*, donde salían él y su pareja televisiva en la portada. Un par de videos en *YouTube*, donde se veían periodistas instalados como si estuvieran esperando una conferencia de prensa y a la vez, registros de cómo rondaban, también, la entrada de los edificios de Lia y Emily.

—¿Por qué crees tú que andan detrás de Emily también?

—Porque son unos malditos, han hecho comparaciones entre ellas desde el principio y ahora, con este reportaje, no te quepa duda de que las van a seguir a ambas. Te aseguro que el que saldrá mejor parado de esto será Tommy.

—No tiene sentido, Em y él terminaron hace meses, ya es suficiente.

—Dile eso a estos desgraciados —agregó con énfasis, apuntando con un dedo a la pantalla.

—¡Hola! —saludó Max que se acercaba—. ¿Quién ha hablado con la estrella del momento?

—Yo no —dijo Alex, y yo, al mismo tiempo, negué con la cabeza.

—Mmm.

—Ya llega más de media hora tarde —agregó Alex después de mirar por enésima vez su reloj.

—Pienso, que solo por hoy, deberíamos hacer una excepción e ir a ver cómo está.

—¿Tú crees? —pregunté. Max asintió con la cabeza y Alex, a quien no veía muy convencido, terminó por levantar una ceja, lo que era sinónimo de sí.

Nos montamos en el coche de Max y, después de comprar *bagels* para el desayuno, llegamos al apartamento de Tommy. El portero, que ya nos conocía, nos dejó entrar sin siquiera llamar por el intercomunicador.

—¡Buenos días! —saludé a mi mejor amigo que abrió la puerta con el cabello revuelto y solo en pantalones de pijama.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó como si deseara que fuera una pesadilla, esperando despertar y que no estuviéramos en la entrada.

—Vinimos a ver cómo estabas —respondió Alex que sonreía como si lo hubiera descubierto haciendo travesuras.

—Todavía queda gente abajo, tuvimos que entrar por el ascensor que está en el estacionamiento —agregó Max.

—¿*Bagels*? —dijo Alex, con la misma sonrisa socarrona, mientras dejaba una bolsa de papel.

—Es hora del café. —Me acerqué a uno de los cajones del mueble de cocina, donde sabía que guardaba el mejor grano.

—Cuando vimos que había pasado una hora y no aparecías, asumimos que no llegarías y cuando Penny me mostró el artículo que le había enviado Emily, no nos fue difícil imaginar que estarías aquí atrincherado... y vinimos a darte apoyo moral —agregó Alex.

Se quedó inmóvil en el medio del corredor, mirándonos incrédulo. Sí, no era común que llegáramos en masa a su apartamento, pero ahí estábamos.

—¿Cómo está Emily? —dijo quién asumí que era Lia, ya que la había visto en pantalla más de una vez y era tan guapa, que era imposible de pasar por alto. Para nuestra sorpresa, se acercaba con jeans, descalza y con una de las camisetas favoritas de Tommy, de esas que tenían el escudo del equipo y el número uno bordado en la espalda.

—¡Hola! —saludé.

—Lia, te presento a mis amigos, ellos son Jonah, Alex —apuntó hacia nosotros— y Max —dijo indicándole con el dedo, porque él estaba apoyado en la pared y con los brazos cruzados.

—Es un gusto conocerlos.

—El placer es nuestro —dijo Max.

—Entonces... ¿Cómo está Emily? —volvió a preguntar.

—Tranquila, ella sabía lo que venía y está muy agradecida porque le hayas contado lo del reportaje, —dijo Alex—, iba a ir a la casa de sus padres en la playa este fin de semana, para evitar a la prensa.

Después de que ella y Tommy terminaron, no estuve de acuerdo con que se alejara, ya que consideraba que se había convertido en una amiga más. Ciertamente, nunca se conversó o discutió que eso era lo que debía suceder, sin embargo, parecía algo implícito.

Llevaba tiempo sin saber de ella y me parecía que, todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, era injusto. Después de haber visto el artículo, el asedio de los periodistas, y todo por una jugada estratégica de relaciones públicas del canal donde trabajaba Tommy, me parecía bajo que tuviera que pasar por todo eso sola.

Cuando llegué a mi apartamento después de la visita relámpago y me di una larga ducha, hice lo que me pareció adecuado y esperaba que mi decisión, no fuera malinterpretada.

Tenía su contacto guardado entre mis favoritos y lo había marcado en ocasiones muy especiales, como, por ejemplo, su cumpleaños.

—¿Hola?

—Em... Soy Jonah. —Respiré profundo.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —preguntó con lo que parecía una sonrisa por el otro lado de la línea.

—¿Bien y tú?

—Bien, gracias.

—Supe que hubo hordas de periodistas en la entrada de tu casa.

—Sí. Bueno... Lia me lo advirtió y se lo agradezco. —La sonrisa se había ido.

—¿Estás bien? —insistí y estaba dispuesto a hacerlo todas las veces que fuese necesario, hasta quedar conforme.

—Mmm.

—¿Dónde estás? —Solo quería confirmar que estuviera acompañada.

—En casa.

—¿En tu casa?, ¿estás bien?

—No pasa nada.

—¿No fuiste donde tus padres?

—No.

—Pero... Alex me dijo que...

—Eso le dije a Penny, —interrumpió— no tenía ganas de darle explicaciones o arriesgarme a que llegara de un momento a otro... Por favor, no se lo digas.

—Claro... Entiendo... —Alcancé a morderme la lengua para evitar la carcajada, definitivamente me los imaginaba irrumpiendo sin ser invitados. Intuía que estaba viviendo toda esa pesadilla sola, y sabía que, aunque pareciera egoísta, me sentiría mejor si pudiera acompañarla.

—Y, tú, ¿qué haces?

—Eh... Yo... —me aclaré la garganta—, estoy en mi apartamento.

—Ah...

—¿Te gustaría cenar conmigo? —No había sido mi objetivo inicial, pero seguía con la sensación de que debía remediar su malestar y, por otro lado, tampoco tenía planes.

—¿Cómo?

—¿Cuál es tu comida favorita? —Sin querer, y como nunca, no pude dejar de hacer preguntas—. Dulce..., salado..., picante...

—Eh...

—Sé de un lugar —interrumpí—, donde hacen una excelente comida italiana... ¿Te gusta la pasta?

—¿*La Bella Rossa*?

—Sí... ¿Lo conoces?

—Claro, Penny y yo vamos juntas al menos una vez al mes.

—Y, ¿qué es lo que más te gusta del menú?

—Mmm..., ravioles, tagliatelle, lasaña... en general casi todo.

—Pero... ¿Alguna preferencia? —insistí.

—Soy una mujer de gustos simples y los ravioles a la boloñesa son mis preferidos.

—¿Cenaste? —Ya había visto el reloj y eran casi las seis de la tarde.

—Todavía es temprano.

—Y... ¿Almorzaste?

—Mmm.

—Emily... ¿Has comido hoy?

—Bueno...

—¿Me harías un favor?

—Claro.

—Mándame tu dirección.

—Pero...

—Estaré en tu apartamento en una hora.

—Jonah... no te preocupes, yo...

—Por favor Em... al menos déjame llevarte comida, ¿puedo? —Después de un par de segundos de silencio, me aseguró que enviaría un mensaje con su dirección.

—Gracias, nos vemos.

No me importaba si era o no correcto, pero sentía en las entrañas, la necesidad de cerciorarme de que estaba todo bien. Cuando oí su voz, en mi mente... la vi sola y sin ganas de nada.

La Bella Rossa era nuestro restaurante italiano favorito. Exceptuando a Tommy, que lo había descubierto hacía poco, éramos clientes frecuentes.

El encargado no me miró con buenos ojos cuando le dije que quería la comida en un recipiente para llevar, porque ese restaurante en particular era el mejor italiano de la ciudad y, por lo tanto, muy exclusivo. Era evidente que no vendían platos a domicilio, pero después de pasarle cien dólares al hombre en la mano, accedió encantado.

A la entrada del edificio todavía había periodistas. Habían hecho campamento todo el día, cuando vimos los videos con Alex esa mañana, se veía como si llevaran haciendo guardia por horas y ahora, el panorama era el mismo, pero a menor escala. A diferencia del resto de mis amigos, yo no era famoso... En realidad, no era nadie, por lo que no

tuve problemas para cruzar ese mar de gente y llegar al vestíbulo. Toqué el timbre y esperé. El portero tuvo que llamar por el intercomunicador y en esos segundos, temí que ella no me dejara subir.

Cuando me autorizó para entrar, crucé con grandes pasos hasta el ascensor y tuve que detenerme un minuto antes de apretar el botón para el piso diez. Mis pulsaciones se habían disparado y me sudaban las manos.

—¡Jonah! —dijo cuando me abrió la puerta. Llevaba pantalones de pijama de franela y una camiseta corta y ajustada que, para mí, eran una desgracia, porque destacaba todo en los lugares correctos. Los hombros angostos del mismo ancho que su cintura, sus pechos pequeños pero perfectos y ese trasero redondo, que no disimulaba el inicio de sus largas piernas. No llevaba maquillaje, lo que hacía que su piel se viera brillante y el cabello recogido en un moño suelto.

No era ciego, y a pesar de haber sido novia de mi mejor amigo, no podía restarle méritos. Era una mujer alegre, su energía era contagiosa, hablaba más de doscientas palabras por minuto, y siempre tenía alguna anécdota que contar. A la vez, era una mujer hermosa. Su cabello rojo, cobrizo y brillante; sus ojos verdes, profundos y penetrantes; su cuerpo estilizado y esa piel blanca y cremosa, eran sin duda el sueño

húmedo de cualquier adolescente que tuviera algún interés en ver las noticias.

En circunstancias normales y con el resto del grupo alrededor, habría notado algunas cosas a la distancia, pero frente a ella y sin nadie más como testigo, no me perdí ningún detalle.

Lo peor de todo, no era solo estar consciente del cómo se veía, sino también de que por primera vez me daba cuenta de que me sudaban las manos y se me secaba la boca, solo por el hecho de mirarla.

—¿Cómo estás? —saludé con la mayor naturalidad posible, Emily era una visión y no había nada que me permitiera pasarlo por alto.

—Muy bien. —Me mordí la lengua para no decir «muy bien ahora que te veo», y entré haciéndome el despreocupado, desesperado por disimular lo nervioso que estaba y consciente de que me sentía diferente.

—No era necesario, en serio —dijo cuando me vio con la bolsa de papel, con la cena y la botella de vino.

—Por supuesto que sí. Alguien debe alimentarte... ¿No crees?

Nunca me había sucedido y menos con ella, pero, después de verla en la puerta, sentí unos deseos inmensos de acercarme, trazar la línea de su rostro con mis dedos y el borde de sus labios con los míos.

Tenía demasiadas ideas, sí, y demasiadas ideas estúpidas.

—Pues, gracias. —Me quitó todo de las manos y caminó hasta la cocina, la seguí—. No era necesario que te molestaras, pero... —sonrió y brillaron sus verdes ojos—, ya que estás aquí, —me miró y me perforó con el gesto— creo que disfrutaremos de una deliciosa cena. ¿Vino?

—Sí, por favor. —Se desplazaba como si flotara y cuando se puso de puntillas para alcanzar las copas, en un segundo y sin pensarlo, me acerqué y me paré tras ella—. ¿Te ayudo? —Fue instintivo y automático, porque claramente había perdido la consciencia de lo que estaba haciendo, ya que, su espalda quedó pegada a mi pecho cuando me incliné a ayudarla. Podía sentir el calor de su cuerpo, su delicado aroma a jazmín y ver, como se le había erizado la piel al contacto, y al mismo tiempo, como desvió la mirada. Como una estaca me quedé ahí, incluso más tiempo del que debía, percibiendo sus movimientos y el momento justo cuando corrió la cabeza hacia el costado, como si, a propósito, hubiese querido darle espacio a mis labios para que pudieran detenerse en el borde de su cuello. Me moví cuando logré reaccionar y ver que estaba cometiendo una locura, porque, perseguir a Emily era una locura.

—Por favor, déjame ayudarte. —Tomé los platos y los puse sobre la mesa.

—Perdón. —Como si de pronto hubiese recordado dónde y con quién estaba, dio la vuelta y caminó por el corredor a su habitación. Un par de minutos después regresaba con una camiseta extralarga—. Debí haberme cambiado de ropa, siento mucho que tengas que verme en este estado.

Si era honesto, no podía molestarme menos, es más, habría preferido que se hubiese quedado tal cual estaba.

—¿Qué pasa, Em? —Tenía la vista fija en sus raviolos y comenzaba a pincharlos con el tenedor—. ¿Em?

—Nada, estoy cansada y con dolor de cabeza, por eso le dije a Penny que iría a casa de mis padres, ella conoce el lugar y sabe que es una delicia, está justo frente a la playa.

—Pero... ¿Cuál era la necesidad de mentir? —dije y ella se rio con ganas.

—Me extraña... ¿Estás seguro de que conoces a Penélope Sharpe? O..., ¿a su futuro esposo? —Tenía razón, si había personas en el mundo que eran obsesivas y eventualmente, podían decidir que no les importaba la opinión del resto, eran ellos. Individualmente, ya eran tercos, pero juntos, Alex y Penny eran de temer.

—Está bien, está bien, tienes razón. —Levanté las manos y me rendí como si ella tuviera un arma—.

Lo sé —dije y asentí. Por un momento se hizo un silencio tan incómodo, que ambos y en sincronía, bebimos de la copa al mismo tiempo.

—Y... ¿Por qué decidiste venir a verme? —Se apretó los ojos con los dedos y levantó la vista.

—Creí que habías ido donde tus padres y quería cerciorarme de que estuvieras bien, todo este drama con Tommy y Lia se está convirtiendo en una bola de nieve, y pensé...

—¿Pensaste? —Interrumpió y me miró directo a los ojos. Estábamos sentados frente a frente, en un comedor de caoba cuadrado, para ocho personas, había entre nosotros mucha distancia o tal vez, no la suficiente.

—Nada, solo quería estar seguro de que no te estaban molestando.

—Mmm. Ya no me molesta, o al menos, ya no es como antes. Créeme, al final, uno aprende.

—¿Qué, a vivir tranquilo cuando están fuera de tu casa esperando para asediarte?

—Sí... supongo que es eso. —Tomó un bocado y después se limpió los labios con la servilleta de género blanca.

—Pero... no debería ser así... —Después de repetir esas palabras, recordé lo que Alex casi me gritó ... «Dile eso a estos desgraciados».

—No te preocupes, está bien. Estoy prácticamente en estado de sitio, me duele la cabeza

y preferí quedarme en la cama. Además, llevaba meses postergando una buena tarde de sueño —dijo y, con una sonrisa tímida, volvió a apretarse los ojos.

—¿Estás bien? —Me miró arrugando la nariz y asintió.

—Sí..., ya va a pasar... A veces cuando estoy un poco tensa duermo mal y amanezco con jaqueca. — Habíamos terminado de comer y se levantaba para recoger lo que había en la mesa.

—No. Yo lo hago. —Tomé el plato de su mano y sin demorarme, retiré lo demás. Movi6 la cabeza haciendo círculos y se levantó, cogió su copa y avanzó hacia la sala deslizándose como si levitara. Sus movimientos eran tan delicados que se me hacía imposible no admirarla, y se sentó en un sofá beige que apuntaba directo a la terraza.

El apartamento de Emily era amplio, muchísimo más grande que el mío. Estaba decorado con blancos y pasteles, maderas nobles en el comedor y la mesa de centro, que hacían juego con las vigas a la vista que se apreciaban en el cielo y las cortinas de lino casi transparentes, que permitían el ingreso de las luces de la ciudad.

—¿Fueron a correr hoy? —Llevaba minutos contemplándola, solo esperaba que no se diera cuenta de que no había podido sacarle los ojos de encima, desde ese arrebato de locura en la cocina.

—Lo intentamos.

—¿Cómo?

—Lo intentamos. Tommy no llegó y en una decisión de equipo fuimos a su apartamento, queríamos cerciorarnos de que todo estuviera bien... y... fue así como me enteré, de que a ti también te perseguía la prensa.

—Claro... —Bebió una vez más de su copa y luego la dejó en la mesa de centro. Cerró los ojos y volvió a mover la cabeza.

—¿Tanto te duele?

—¿Mmm?

—¿La cabeza? —Me senté a su lado— Ven. —La hice girar y recostarse hasta que quedó apoyada en mis muslos— Vamos, cierra los ojos. —Dudó solo un segundo, hasta que por fin se apoyó en mí y con ambas manos comencé a masajear—. A veces la tensión se encuentra aquí. —Apreté despacio el lugar en que se juntaban su cuello y su espalda.

—¡Ouch! —gritó.

—Lo siento, lo haré con menos presión. —Cerró los ojos, pero al mismo tiempo negó con la cabeza.

—No. Sigue así. —Avancé un poco más y apreté con delicadeza sus hombros, estaba llena de contracturas—. Mmm.

—¿Así? —Continué con los movimientos circulares.

—Sí... Mmm. —Con los pulgares, toqué el punto cercano a sus ojos y en un recorrido certero, con mis grandes manos, logré aflojar los nudos de su cuello y poco a poco, la tensión que invadía su cuerpo. Con los ojos cerrados y toda su confianza puesta en mí, seguí masajeando hasta que sentí cómo bajaba el ritmo de su respiración y se relajaba por completo—. ¿Mejor?

—Mmm, mucho mejor, gracias. —Sentí su impulso, iba a levantarse y para evitarlo, volví a deslizar mis manos por su cuello hasta que volvió a recostarse—. No es bueno que hagas esto —me dijo y el comentario me hizo consciente de su reacción.

—¿Cómo? —Me detuve, no quería ni hacerle daño ni asustarla.

—Si sigues así, podría llegar a acostumbrarme, porque esto es... Mmm..., delicioso. —Levantó la mano y la apoyó en mi antebrazo cuando notó que aflojaba la presión. —No te detengas.

Las luces estaban apagadas y la luna ya estaba en su lugar para iluminar el valle y la ciudad.

—¿Em? —Tenía los ojos cerrados y respiraba tranquila—. ¿Em? —Los masajes habían sido efectivos, porque sin que yo lo hubiese notado, dormía profundamente.

La cabeza inclinada hacia el lado, su mano aun sosteniendo mi antebrazo y sus labios suaves ahí, tentándome. No me detuve, no paré. Seguí masajeando su cuello por unos minutos y luego me concentré en su rostro. Acaricé sus mejillas, su frente, y me detuve a mirar sus labios. Suaves y llenos, parecían prometer los secretos de la felicidad, parecían esconder el deleite extremo y la sensualidad más infinita que había visto en una mujer. Su cuerpo completamente relajado, su piel tibia y su aroma fresco. Mientras recorría con las manos el borde de sus mejillas, podía percibir mis propias pulsaciones en la yema de los dedos y se me acababa el aire, porque ella parecía consumirlo por completo.

No podía permitirme ni atribuciones ni lujos con ella, no eran parte de nuestra relación y jamás lo serían, pero, aun así, me descubrí con el deseo de que no avanzara el tiempo. Se instalaba en mí una sensación nueva, esa en la que eres consciente de que tu piel responde al calor, de que tu cuerpo no está dormido, sino que, por el contrario, ha decidido despertar después de mucho tiempo de haberse perdido.

No quería moverme, no quería respirar, no quería que el minutero diera un paso más. Ella se sentía tan bien en mis brazos, como si encajara perfectamente, y como si anatómicamente, hubiese sido moldeada para mí.

Con cuidado y sin que lo notara, la tomé en mis brazos y caminé con ella hasta su habitación; era liviana, como una pluma. La cama estaba deshecha y sobre ella había al menos cinco libros, su ordenador abierto y el móvil apagado. La acosté y, después de taparla, ordené el desastre que había, para luego sentarme junto a ella. Se veía tan plácida y hermosa que, aun con el cabello alborotado, con esos reflejos cobrizos y rojos, brillaba en medio de la noche.

—Buenas noches, Em —dije en silencio y besé su frente antes de salir.

CAPÍTULO 3

Emily

No recordaba la última vez en que no tomé pastillas para la jaqueca antes de dormir y desperté no solo con energías, sino que también, más relajada. El resultado del masaje fue maravilloso, al darme cuenta de que estaba sola y arropada en mi cama, sonreí. La noche anterior había sido un descubrimiento, mejor dicho, haber tenido la oportunidad de hablar con Jonah una tarde completa, era algo que no me esperaba.

Lo conocía hacía mucho y nunca había pasado tanto tiempo con él a solas, mucho menos conversando, y menos aún, admirando lo expresivos que eran sus pequeños ojos celestes y su brillante sonrisa. Hasta ese día, nunca me había dado el tiempo para oírlo, ni había puesto atención en sus gestos.

La noche anterior había sido agradable, su compañía, su preocupación y sus grandes manos trabajando en mi cuerpo. Pero más que nada, había sido sensual y no podía evitar pensar en eso. Cerraba los ojos y parecía ser capaz de recrear la sensación sin dificultad. Por alguna razón, moría de ganas de volver a sentir la yema de sus dedos trazando caminos en mi

piel. Jonah era magnético y esas manos eran sencillamente mágicas.

Me duché, me lavé el cabello, ordené y limpié parcialmente mi apartamento, y me vi desocupada. Había decidido quedarme de ociosa ese fin de semana, no iba a salir porque no quería dar la cara para responder estupideces, por lo que leería el último libro escrito por Cassandra. Ella llevaba años publicando novelas románticas con una gran editorial y, para mí, era un misterio saber de dónde sacaba el tiempo para escribir, ya que, solía verla correr de un lado a otro, con Daniel a cuestas o a cargo de alguno de los eventos de la Fundación.

En el sofá de la sala y con un café en la mano, tomé mi *Kindle* y empecé. Repetí al menos diez veces la página doce, no podía concentrarme y, por primera vez en mucho tiempo, tampoco tenía ganas de estar sola.

A pesar de que Tommy y yo terminamos nuestra relación en buenos términos, no había logrado recuperarme por completo. Me sentía insegura y me había dedicado a demostrarle lo contrario al resto. No porque todavía tuviera sentimientos por él, sino porque me sentía aislada y no me gustaba reconocerlo. Vivía acostumbrada a estar rodeada de gente, obligada a sonreírle a todo el mundo, con cara de póker permanentemente, y eran

pocas las ocasiones en que me permitía bajar la guardia.

La soledad y yo no éramos buenas amigas, por el contrario, deseaba más que nada volver a las pistas. La visita de Jonah fue reveladora, ya que su compañía había sido más que estimulante, a pesar de todas las cosas que pudiese haber en contra...

«Mmm. Tengo que ordenarme».

Primero: Jonah pertenece a un grupo de amigos a los que yo me siento muy cercana y, por lo tanto... puedo contarlos como amigos míos.

Segundo: Mi relación con él y con el resto del grupo, no tiene nada que ver con mi relación con Tommy, o que ya no tengamos una relación, para estos efectos.

Tercero: Que me haya acostumbrado a pasar sola los fines de semana, no es en absoluto algo que yo disfrute.

Cuarto: Hacer nuevos amigos siempre es bueno.

Quinto: Tener vida social fuera del trabajo es saludable.

Sexto: Nadie debería oponerse a que Jonah, tenga otros amigos.

Conclusión: No es ni loco, ni marciano, que invite a Jonah a pasar la tarde conmigo... ¿verdad?

A fin de cuentas, Penny y Alex, siguen siendo mis mejores amigos, ellos a su vez son muy buenos amigos de Jonah, ergo, él también puede convertirse en un buen amigo...»

Con esa lógica, parecía razonable.

Fui a buscar el móvil que se estaba cargando en mi mesa de noche, tragué saliva, me aclaré la garganta y marqué su número por primera vez, sin pensarlo dos veces.

—Hola, soy Emily —dije cuando escuché su voz y sin haber tenido la intención de que mi tono, sonara una octava más alta.

—Sé que eres Emily, —podía oír en su tono una sonrisa—, es el nombre que aparece entre mis contactos.

—Estaba pensando... —Jonah esperaba en silencio y con calma—. Estaba pensando en que, si quieres, solo si quieres, podrías venir a almorzar conmigo. Digo... ayer dejaste claro que debía alimentarme y la cena estuvo deliciosa. —Me sentía nerviosa, había comenzado a balbucear y al mismo tiempo a disparar palabras como si fuera una metralleta.

—¡Claro! —su respuesta fue inmediata—. ¿Qué te apetece?

—No sé... italiano sería una exageración dos días seguidos... tal vez... ¿Sushi?

—Conozco uno que está en...

—¡No!... —interrumpí, probablemente con demasiado ímpetu—, tengo la carta de uno excelente, y quizás, podríamos pedir juntos... no sé exactamente qué es lo que te gusta.

—Oh... claro. Acabo de llegar del gimnasio, me cambio y voy, ¿te parece?

—Por supuesto, te espero.

No me di cuenta de que estaba conteniendo el aire sino hasta que terminé la llamada, tampoco me percaté de que mi pulso se había disparado y mucho menos de que tenía sed.

No tenía idea de dónde vivía Jonah, por lo que era imposible que pudiera calcular bien cuánto demoraría en llegar, por lo tanto, debía ser rápida en cualquier decisión que tomara.

Me había vestido con pantalones de yoga y un chaleco extragrande que me tapaba el trasero, ya que, deseaba esconderlo a toda costa porque encontraba que era demasiado grande, todavía tenía el pelo mojado, enredado y no llevaba ni una gota de maquillaje. Sin embargo, y dado el cambio de planes, me pareció que lo mejor sería entrar al vestidor, buscar un par de jeans y una camiseta más pequeña, hacer algo con mi cabello y darme un toque de color en el rostro. Sabía que debía verme casual, era domingo, Jonah era un amigo, era un almuerzo en mi apartamento y no una cita, después de todo.

Al momento en que sonó el timbre, me di el último toque de brillo en los labios y caminé hasta la puerta. Había hablado con el conserje y le había dado

el nombre de Jonah, para que lo agregara entre los autorizados para subir, sin tener que ser anunciado por el intercomunicador.

—¡Buenas! —Sonrió con sus pequeños ojos cuando abrí, estaba apoyado en el umbral de la puerta y lo cubría todo, era tan grande que parecía una torre. Venía con unos jeans negros y una camisa blanca con las mangas dobladas hasta el antebrazo. El cabello aún mojado y el aroma de su perfume fresco me hicieron caer en un trance pasajero, cuando me di cuenta, no podía dejar de mirarlo y todavía le bloqueaba el camino.

—Buenas —respondí y me moví para dejarlo pasar, después de, al menos, dos minutos de parálisis.

—¿Cómo amaneciste del dolor de cabeza? —preguntó y dejó una botella de vino sobre la mesa de la cocina, un *Pinot Noir* de *Bennett's House Of Wine*.

—Muy bien, —sonreí— la verdad es que hiciste magia con mi espalda. —*Mierda*, estuve a punto de enumerar las otras sensaciones que me había provocado y alcancé a detener el hilo infinito de palabras. Sus manos, que eran grandes y ásperas, se habían sentido maravillosas en mi cuello y en mi piel, la sensación había sido diferente y exquisita al mismo tiempo.

—Pues... ya sabes, estoy disponible para cuando decidas que no quieres pastillas para el dolor. —Sabía

que Jonah era callado, y por defecto, solía asociar eso a una personalidad más pasiva y acababa de darme cuenta, de que no podía estar más equivocada. Sus ojos brillantes eran tan penetrantes, que me sentía expuesta—. Lo que quiero decir... es... que, a veces, las contracturas no se quitan con analgésicos, es mejor deshacer los nudos con las manos y en algunos casos, incluso aplicar calor.

—Entiendo. —Le sonreí. Cuando mencionó sus manos, no pude evitar mirarlo directamente y cerrar los ojos un segundo, para reproducir la sensación en mi mente.

Desde que lo conocí, excepto en aquella gala de la Fundación Russell a la que había ido acompañado, nunca lo vi ni escuché que tuviera pareja. Sabía que era muy dedicado en su trabajo, que era aplicado con sus entrenamientos y... en realidad, no sabía mucho más, excepto lo que decían sus transparentes ojos y el cómo, para mi sorpresa, me sentía ahora que lo había descubierto.

—Bien... —Abrí la *app* que tenía en mi móvil y comencé a recitar el menú—. ¿Qué te gustaría?

—Lo que quieras, soy un hombre de gustos simples. —Así me devolvió la frase que yo misma le había arrojado la noche anterior.

—Muy bien, entonces... voy a sorprenderte. —
Comencé a marcar opciones sin preguntarle y tocando la pantalla.

—Pero Em... me sentiría más cómodo si yo me hiciera cargo de la cuenta.

—No seas así... puedo hacerlo sola. Además... ya es tarde, está pedido y pagado. Aunque no sé de qué te preocupas, trajiste una botella de vino que no está nada de mal. —Sonrió.

—Es uno de los mejores. —Agregó y yo asentí. La cepa *Pinot Noir* de *Bennett's House Of Wine*, era exclusiva de la viña de Alex, que venía de una familia de tradición vitivinícola y que, hacía poco, había lanzado su propia línea y, muy a su pesar, amparado bajo la marca. Estuvo a punto de cambiarle el nombre y fuimos muchos los que le recomendamos que siguiera, al fin y al cabo, era parte también de su herencia familiar.

—¿Vino?

—Por supuesto —respondí cuando lo vi con el sacacorchos. Él sabía perfectamente dónde estaban las copas, me había ayudado a sacarlas el día anterior y de paso, me había hecho ser consciente de algo que jamás habría imaginado. Su cercanía no era inofensiva para mí, sino que, muy por el contrario. Me había sorprendido cómo el aroma de su perfume cítrico había puesto en alerta mis sentidos, cómo sus grandes brazos me atraparon contra el mueble,

provocándome un momento de locura, porque si hubiese podido, le habría rogado que me tocara.

—Ven —dije y abrí la ventana por la que se salía al balcón donde estaba la terraza, los diez pisos que nos separaban de la calle tenían un efecto que solía relajarme, excepto cuando me acercaba para ver a los periodistas en la entrada—. ¿Había gente hoy?

—¿Cómo?

—Que, si había gente hoy, ¿periodistas, fotógrafos?

—Pues, nada en comparación con lo de ayer, no conté más de tres o cuatro.

—Oh... ¡qué alivio! —«¡No!», eso era puro sarcasmo, porque de alivio nada—. Y, ¿no tuviste problemas para entrar?

—Em, a mí nadie me conoce, mi vida no es como la de ustedes y, afortunadamente, el anonimato tiene muchas ventajas. —Estaba a mi lado, pero en vez de mirar hacia los jardines, apoyaba los codos en el barandal y de esa manera, quedaba frente a mí.

—Gracias.

—¿Gracias por qué? —Tomó con los dedos un mechón de cabello y lo puso detrás de mi oreja. En las muñecas también llevaba perfume, y se me erizó la piel cuando sentí el contacto e inspiré profundo parte de su esencia.

—Por acompañarme, sé cómo eres —dije sin pensarlo. Sentía la necesidad de que supiera que, a

pesar de que hasta la noche anterior nunca había estado tan consciente de su presencia, no era un desconocido para mí.

El timbre sonó justo a tiempo, parecía haber sido salvada por la campana, porque si no, habría seguido diciendo cosas sin filtro. Fui a la puerta para recibir el pedido y él se quedó en el balcón, mirando el paso de los coches y del resto del mundo, diez pisos más abajo.

—¡Está listo! —Anuncié con un grito apagado.

—Pues veamos con qué sorpresas nos encontramos. —Sonrió y esos pequeños ojos que ahora brillaban oscuros, se detuvieron un momento en mi boca, antes de volver a centrarse en la mesa.

—Hay un poco de todo —afirmé cuando comenzaba a destapar los pequeños recipientes de cartón, de uno de los mejores restaurantes de comida japonesa de la ciudad.

—Entonces, descubramos lo que tienes aquí. — Se sentó y luego se frotó las manos como si fuera un niño listo para elegir qué pastel comería.

Fue difícil salir del momento, el aire todavía estaba cargado de energía y química, haciéndome sentir que debía estar atenta. Él, con su magnetismo, me obligaba a estar alerta, porque hasta el día anterior, nunca lo había sentido. Claro, haber sido

novia de su mejor amigo, era la mejor forma de que alguien tan interesante como él, hubiese pasado desapercibido. Además, Jonah era callado y solía arreglárselas para que nadie lo notara.

—¿Y?

—Buena selección. —Tenía los palillos en la mano y untaba soja en uno de sus rolls.

—¿Conocías este lugar?

—No, aunque debo decir que, no soy de los aventureros que busca nuevos sabores. Suelo preparar mis comidas y soy muy ordenado en los horarios.

—Ah, ¿sí? —Asintió y antes de tomar otro bocado, me regaló una sonrisa deslumbrante.

—Pues... cuando era niño tenía temas con la comida, después de ingresar al equipo tuve que aprender, y ahora me alimento como una persona normal.

—¿Una persona normal?

—Digamos que... tenía problemas para medir cuánto comía y eso me pasó la cuenta durante el primer año en *The Flyers*; me era difícil llegar al balón. Tal vez fue por eso por lo que el *coach* nunca me cambió de posición. Primero, porque tenía el cuerpo y el peso adecuados para estar en la primera línea y después, supongo que, porque conocía las jugadas, era bueno, y al final, porque Tommy y yo hacíamos un buen equipo.

—¿Él también tenía problemas con la comida?

—Mmm, no sé si lo podríamos decir de esa manera, ya que su problema era opuesto al mío.

—¿Cómo así?

—¿Te acuerdas del lobo feroz? —Sonreí, no me quedaba claro ni el punto, ni la metáfora.

—Claro. ¡Soplaré, soplaré y la casa derribaré! — No pude evitarlo, pero después de la peor imitación en la historia del lobo de Caperucita, nos reímos a carcajadas.

—Pues, si soplabas muy fuerte, el que terminaba en el suelo era él. —Me reí aún con más ganas. Tommy era un hombre alto y grande, por lo que podría ser catalogado como cualquier cosa, menos como un enclenque—. No te lo creo.

—En la oficina de Alex seguro que hay fotos que pueden probar mi testimonio... Señorita Heart, supongo que no duda de la información que le estoy entregando. —Con esos pequeños ojos celestes y esa sonrisa perfecta, era imposible no mirarlo. Sin siquiera pensarlo en detalle, de pronto me sentí frente a un lobo conquistador, a un casanova capaz, con una mirada, de hacer que cualquiera pudiera derretirse.

—Oh, no dudo de la información que me da doctor Cohen, —fruncí el ceño, no tenía idea de dónde habían aparecido las ganas infinitas de coquetear, ni el calor que me rondaba y parecía querer instalarse entre mis piernas—, solo digo que

es... una sorpresa. —Tomé un trago de vino y seguí pensando—. ¿En la oficina de Alex? ¿En serio?

—Claro, ahí están las fotos de todos los equipos que han estado en las filas de *The Flyers* desde principios de 1900, cuando se fundó el *Club*. Año a año se preparan cuadros de honor de todas las categorías y hay fotos nuestras, algunas vergonzosas, —sus mejillas enrojecieron— desde nuestros ocho y hasta, en mi caso, los veintinueve años. Viajé apenas terminé mi carrera y volví poco después de que los demás se retiraron, justo cuando Alex comenzó a jugar como profesional.

—¿A los veintinueve?

—Sip. —Se limpió la boca con la servilleta y dejó los palillos sobre el plato—. Me gradué un poco antes que mis compañeros de clase y me dieron una beca para estudiar mi doctorado en *MIT*.

—No sabía eso.

—¿Lo de la beca?

—No, bueno... eso tampoco, pero nunca me imaginé que habías salido tan joven de la universidad y que habías estudiado en *MIT*.

—Pues... no es nada glamuroso, por lo que en general no suele ser tema de conversación. ¿Te imaginas el aburrimiento de todos si comenzara a explicarles sobre mis andanzas en un laboratorio? — El color rubio de su cabello enmarcaba el de sus

pequeños ojos celestes, que parecían buscar recuerdos, porque miraban hacia el lado.

—No lo digo por eso. —Después de repetir esas palabras me mordí el labio, había metido la pata.

—¿Lo dices porque se supone que debo ser un deportista descerebrado?

—No quise...

—No te preocupes, no eres la única «a la que se le ha pasado por la cabeza», estoy acostumbrado a que me miren así.

—¿Así cómo?

—Así como lo estás haciendo tú. —Estaba quieto y tranquilo, y me sentía nerviosa por la forma en que me miraba, porque era honesta y al mismo tiempo, dura.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Volvió a sonreír y comió otro bocado.

Era un misterio, en realidad, cómo a pesar de ser tan grande, por lo alto y musculoso que era, solía pasar desapercibido. Prácticamente, nunca decía cosas de sí mismo y jamás le había oído hablar de trabajo. Yo sabía que era jefe de un departamento en la facultad, pero más que eso, nada.

Jonah era una caja de sorpresas que acababa de descubrir y, si había algo que me gustaba, era revelar secretos escondidos. No podía evitarlo, era una

deformación profesional, mente y alma de periodista.
Descubriría más, aunque fuera poco a poco.

—Está bien, está bien... perdón por eso. —Debía arreglarlo—. ¿Qué te parece si hacemos otra cosa...?

—Ah, ¿sí? ¿En qué estás pensando?

—Verdad o reto...

—¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido.
Caminé hacia la mesita de bar que había al costado de la ventana, saqué un par de vasos cortos y una botella de *whisky*.

—Verdad o reto. —Los puse sobre la mesa y serví un trago para cada uno. Tomó el suyo y sonrió.

—¿Quién empieza?

—Yo —respondí—. ¿Qué edad tenías cuando perdiste la virginidad? —Se atoró y tosió.

CAPÍTULO 4

Jonah

—Puedo sola —dijo mientras se apoyaba en mi antebrazo de camino a su habitación—. Además, todavía queda...

—Sí, de seguro puedes sola, pero hazme el favor, ¿quieres?

No conté la cantidad de tragos que tomamos, Emily se dedicó a rellenar ambos vasos con destreza y no me di cuenta de su estado, sino hasta cuando se levantó, según ella, a buscar una botella de *Fireball*. Demás está por decir, que alcancé a sujetarla justo a tiempo. Ya eran más de las dos de la mañana y esperaba que pudiera funcionar el lunes con la resaca con la que, de seguro, se levantaría.

Cuando se sentó en el borde de la cama para sacarse las zapatillas, comencé a darme vueltas para buscar una camiseta o algo cómodo que pudiera ponerse y, cuando volteé para entregársela, tenía los pantalones desabrochados y luchaba por bajárselos de las caderas.

Dejé la camiseta a su lado y me paré mirando la pared opuesta, para darle algo de privacidad mientras se cambiaba.

Estaba sorprendido por lo relajada que se sentía conmigo. Emily no era precisamente una mujer recatada, pero yo, no era tampoco el más cercano como para que estuviera desvistándose frente a mí.

—Estoy lista, puedes dar la vuelta. —Nadaba en la misma camiseta extragrande que había usado el día anterior y que fue lo único que encontré a mano.

—¿Estás bien?

—Sí... —tomó aire—, Jonah... ¿por qué nunca dices nada?

—¿Mmm?

—Es tan difícil hablar contigo.

—Mmm. —Seguía tambaleándose.

—Digo... hasta ayer... ¡Hasta ayer no sabía prácticamente nada de ti! —colocó su mano en mi pecho todavía buscando equilibrio—, ¿sabes?... No importa, ahora te conozco mejor de lo que crees.

—Ah... ¿sí? Y, ¿qué es lo que crees que sabes?

—De pronto, me vi algo preocupado cuando pensé qué era lo que ella podía creer que sabía, después me reí casi solo cuando repetí en mi mente el enredo de palabras, y luego me moví rápido para sostenerla de los brazos cuando trastabilló. Mi vida privada, se

había mantenido así después de mucho esfuerzo, y no creía que hubiese cometido alguna indiscreción.

—¿Jonah?

—¿Mmm? —¿En qué minuto sucedió? No pude darme cuenta, pero Emily estaba concentrada en lo que había bajo mi cinturón y que había despertado orgulloso, después de verla sacarse la ropa.

—Eehh... He escuchado ciertas teorías asociadas a las proporciones. —Seguía mirando—. ¿Conoces la teoría de las proporciones?

—¿Cuál?

—Esa, la que habla sobre el tamaño de las manos y los pies... y su proporción con... —Apuntó directo a mi entrepierna.

—¡Muy bien! Ya es tarde y hora de que terminemos con las teorías conspirativas, mañana hay que trabajar.

Se tiró sobre la cama suspirando y la camiseta que le había entregado se levantó sobre sus caderas, dándome una clara vista del tanga que llevaba debajo. Rosa, encaje, minúsculo. Apreté la mandíbula y maldije para mis adentros, a punto de excusarme para ir al baño a hacer ciertas acomodaciones.

El hecho de que fuéramos amigos, no me dejaba fuera de las repercusiones de ver a una mujer como ella, medio desnuda y con las piernas cruzadas,

mirándome con cara de no entender nada; ya que, eso no significaba que no pudiera darme cuenta y apreciar lo atractiva que era, porque tendría que haber sido ciego y no lo era.

Después de ese análisis, llegué a la conclusión de que no era lo mejor que siguiera parado frente a ella, mirándola como si fuera carne fresca, por lo tanto, ya era hora de irme.

—¿Vas a estar bien, cierto?

—Sí, no sé qué habría hecho sin ti este fin de semana.

—Em, por favor, métete a la cama. —En vez de abrir el cobertor, tomó una de las almohadas y la puso sobre sus piernas.

—¿Sabes? Nunca imaginé que serías tan divertido. O... o que incluso tuvieras un lado galante...

—Me sentía incómodo, Emily solía no tener filtro, pero esta Emily, la que tenía en el cuerpo media botella de *whisky*, era absolutamente hilarante.

—Em... es tarde y...

—Mmm... sabes, ¿lo sola que me siento? —Me sorprendió, porque parecía ser una mezcla entre confesión y secreto.

—Em.

—¿Tienes alguna idea de cuánto ha pasado desde la última vez que recibí un beso? —No tenía mayor certeza, pero si no había estado con nadie

después de Tommy, según mis cálculos, más de un año.

—Pues... no tengo dudas de que allá afuera — indiqué con el dedo—, está el hombre perfecto para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Teoría de las probabilidades.

Abrí la cama y, sin darle más opciones y sujetándola de la mano, la ayudé a meterse bajo las sábanas. No insistió ni dijo más, pero el agujero que sentía en el pecho me perforaba hasta el fondo.

Encontré calmantes para el dolor de cabeza en el baño y dejé dos en su mesa de noche, junto a un vaso de agua.

CAPÍTULO 5

Jonah

Hoy...

Mensaje de: Equipo.

Tommy: ¿Alguien sabe de qué color es el vestido de Emily?

Max: No, pero el de Cass es plateado.

Tommy: El de Lia es morado, tal vez un poco más claro..., pero quiere estar segura de que no le quitará protagonismo a Em.

Max: Le preguntaré a Cass.

...

Alex: ¿No se supone que fueron juntas de compras?

Tommy: Lia dice que Em no estaba muy segura y que, al final, se fue sin saberlo.

Yo: No puedo creer que estemos hablando de esto.

Max: Cass está haciendo dormir a Daniel.

Alex: Dile a Lia que no importa.

Tommy: A ella le importa, tú sabes que no desea hacer sentir mal a Em.

Alex: Pero si es solo el color del vestido.

Yo: De nuevo, ¿por qué estamos hablando de esto?

Max: Cass me acaba de decir que el vestido de Em es rosa, rosa pálido.

Alex: Ahí está, asunto solucionado.

Tommy: Gracias.

Max: Alex, pasaré por ti en media hora.

Tommy: Nosotros saldremos luego.

Yo: Voy en camino.

Max: Nos vemos.

Alex: Nos vemos.

Tommy: Nos vemos.

Yo: Nos vemos.

Por primera vez sería el primero en llegar. Tenía claro que, en esta ocasión, Alex no estaría mirando el reloj porque tenía otras cosas en que pensar, pero también que no me perdonaría si no aparecía a tiempo.

El ambiente había estado tenso en la última semana, básicamente porque él se había convertido en un manojo de nervios e indignación, cuando supo algunos de los detalles de la fiesta. Para partir, el lugar donde iba a celebrarse, a pesar de todas las veces en que Penny y Cassandra se lo explicaron. Estaba tan

enfocado en la pretemporada del equipo que, hasta ese momento, no había oído nada.

El *Four Seasons* era un sitio al que asistíamos en forma habitual y no menos de tres veces por año.

Max era la cabeza de la Fundación Russell, que dependía del estudio jurídico del que era dueño y, normalmente, era ahí donde se llevaban a cabo todas las actividades de gala para las diferentes causas a las que apoyaban. Sin embargo, y como regalo de bodas, se había hecho cargo, junto con su esposa Cassandra, de todos los gastos y detalles para la celebración del matrimonio de Alex y Penny.

Aunque de los cuatro, eran solo Max y él quienes habían llegado al altar enlazándose de por vida, no era un consuelo. Tommy, que llevaba solo seis meses saliendo con Lia, había decidido dar un paso más. Ya había anunciado cuáles era sus intenciones, por lo que era solo cosa de tiempo, y, como a él le gustaba hacer las cosas en grande, de seguro se pondría de rodillas con una caja de terciopelo que tuviera un diamante de no menos de tres quilates, ya que era incapaz de ser discreto.

Los preparativos habían sido extenuantes para el escuadrón, aunque fue Cassandra, que se unió al final, la que había terminado haciéndose cargo de todo sin que nadie se lo pidiera, tal y como solía hacerlo. Sabía que tanto Penny como Alex, le estarían por siempre agradecidos, ya que, ninguno de ellos era

bueno para nada que tuviera que ver con reuniones sociales y, mucho menos, para organizar un evento para más de cuatrocientas cincuenta personas. Con tantas galas que ayudaba a organizar para la Fundación, Cassandra era una experta.

Me estacioné en la entrada y esperé a que vinieran por mi coche. El chico del tatuaje en el cuello sonrió cuando le entregué las llaves de mi *Cadillac Escalade*. En la fila, detrás de mí, había muchos autos de lujo y el mío, era una monstruosidad que estaba lejos de parecerse a los demás.

Al igual como fue durante la tarde, la noche era cálida para ser uno de los primeros días de primavera y el aroma de las flores que había a la entrada, se colaba por los pasillos gracias a la brisa.

Me subí al ascensor y marqué el último piso. Debía reconocerlo, Max había tenido razón respecto a nuestros trajes; no me gustaba presumir, pero me veía bien en ese esmoquin hecho a medida. Aunque la verdad, más del 90 % de mi ropa, debía pedirla en tiendas especializadas para hombres grandes. Me arreglé la corbata y los gemelos con el espejo del ascensor, y caminé con rumbo al salón.

El lugar había sido dividido en dos ambientes. Aun cuando todo el evento se realizaría en la última planta, hacia el costado derecho, que estaba cercano a los ascensores, habían separado todo como si fueran dos salones. Mamparas de madera envejecida

con flores blancas incrustadas que se habían convertido en verdaderas murallas. Había además candelabros araña que estaban colgados del cielo alto y prendidos con velas aromáticas, que permitían que el cristal de *Murano* brillara como arcoíris reflejado en todos los rincones. El sector donde se llevaría a cabo la ceremonia había sido separado en dos, por una alfombra roja de no menos de tres metros de ancho y como mínimo quince de largo, desde la entrada del salón hasta el altar, que estaba dos peldaños más arriba. Bajo un gazebo que tenía rosas y tulipanes blancos entrelazados, se dibujaban arcos sobre la estructura de madera del mismo color. Un sinfín de sillas en filas de diez hacia la derecha y hacia la izquierda, al final del pasillo, velas y flores, candelabros y luces que otorgaban no solo luminosidad, sino también calidez y una suerte de aire romántico, digno de las películas ambientadas en la época victoriana.

Del otro lado, estaban la banda y la pista de baile, al menos cincuenta mesas en semicírculo dispuestas para diez personas cada una, y todo decorado como si fuera especial para príncipes y princesas. Las bandejas, copas y vasos estaban siendo colocadas en su lugar, para salir a recorrer los salones en cuanto el sacerdote dijera «ya puede besar a la novia».

Cassandra, Tommy, Lia y yo nos sentamos en primera fila junto al *coach* Rodda, que fue nuestro entrenador en *The Flyers* desde el primer día. Llevaba más de un año viviendo en Inglaterra, pero había tomado un avión especialmente para el gran evento.

En el altar, hacia la derecha, estaban Alex, con la sonrisa más brillante que le había visto en la vida, y a su lado Max, como siempre. Al frente del pasillo y por la izquierda estaba Emily, sola, esperando ver a su mejor amiga caminar hacia el hombre que le había robado el corazón.

La banda comenzó a tocar *Con Te Partirò* de *Andrea Bocelli*, solo con violines y violonchelos.

Penny caminaba del brazo del doctor Craig, quien había sido alumno y amigo de su padre, y que, en los últimos años, se había convertido en mucho más que su mentor.

Llevaba un velo que le cubría el rostro y el cabello, pero que no escondía su sonrisa ni podía contener la felicidad que irradiaba.

Vi la expresión de Alex al final del camino y su pecho hinchado conteniendo la respiración, sabía que tanto Tommy como yo, podíamos notar que estaba reprimiendo un sinfín de emociones que, de seguro, tenía en ese momento.

La ceremonia fue sencilla, las palabras fueron pocas y profundas, la emoción que contagiaron a

todos con el primer beso como marido y mujer, dejaron a más de alguno suspirando y a otros, buscando su propio reflejo en ellos.

Caminaron por la alfombra roja y desaparecieron entre los laberintos en que se habían convertido las divisiones, llenas de flores e ilusiones.

—Fue emocionante —le dijo Cassandra a Max cuando llegó a unirse a nosotros— ¡Deberías haberme hablado de tu discurso, así habría venido preparada! —le dio un leve golpe en el brazo con su bolso.

—¿Preparada para qué? —preguntó él con alarma—. ¿Qué pasó cariño?

—¡No traje pañuelos! —Con ambas manos tomó su rostro y con el pulgar limpió las lágrimas que corrían por las mejillas de su mujer, y luego le dio un beso en la frente.

—Te amo —dijo y luego la besó en los labios como si no hubiera nadie más alrededor.

—¿Cass, podrías indicarnos cuál es la mesa? — El *coach* se aclaraba la garganta para hacerles notar que no estaban solos.

—¡Oh, claro! Por aquí, estamos en la mesa con los novios —respondió, aceptó la mano de Max y caminaron delante dirigiéndonos.

—Linda ceremonia —dijo Lia una vez que nos sentamos.

—Tan *bella* como tú, *bellissima* —Le susurró Tommy al oído, pero no tan despacio como para evitar que lo oyéramos.

Sentía que no tenía nada que agregar, la elocuencia de Max y las breves palabras que pronunció después de la ceremonia fueron aplastantes, y después de eso los pétalos de rosas que cayeron sobre los recién casados en su salida del salón, fueron más que suficientes como para dejarme sin habla.

—Penny estaba radiante —dijo el doctor Craig. Asentimos en general, ninguno de los que estábamos en el salón podríamos decir lo contrario, era sin duda una de las novias más lindas que había visto.

Los camareros hicieron su aparición y todos tomamos una copa de Champaña para brindar por los novios.

—Sobra un lugar —agregó Tommy. Hasta ese momento no me había detenido a contar las sillas, a pesar de que sabía cuántas debía de haber, porque me sentía inmovilizado por las emociones que me provocaba ver a Alex y Penny, a Max y Cassandra y a Tommy y Lia, todos de la mano y hablándose sin palabras, en ese código en el que se comunican solo los que están enamorados.

—No, hay espacio para todos —respondió Cassandra sin siquiera mirarlo.

—Lo siento... siento haber llegado tarde, pero tuve que ayudar a Penny con los últimos detalles, después de la ceremonia se le desarmó el peinado cuando se sacó el velo —dijo Emily, a quien no había visto ni siquiera acercarse.

Llevaba un vestido rosa pálido del mismo color de la ropa interior que había visto esa noche seis meses atrás, después de aquel juego de verdad o reto, del que me arrepentí porque me mantuvo con resaca por tres días seguidos. Era largo y ceñido, dejaba en evidencia la perfecta forma de reloj de arena que tenía su cuerpo y sus piernas interminables que se asomaban por la abertura que tenía desde el muslo hasta el suelo. Llevaba su hermoso y peculiar cabello cobrizo recogido en un moño perfectamente suelto, con rizos que destacaban su largo y elegante cuello. Ese vestido sin tirantes hacía que sus hombros enmarcaran aún mejor, lo exquisito no solo de su atuendo, sino también la delicadeza de cada uno de sus movimientos.

—¡Emily! —saludó Lia.

—¡Hola! No sabes el gusto que me da saber que todo está bien, te ves encantadora y de verdad... ¡Me alegro tanto! —dijo y para sorpresa de casi todos, se abrazaron.

—Gracias —respondió con una bella sonrisa.

—Un momento... un momento —interrumpió Cassandra—. Thomas North... ¿Hay algo que quieras contarnos?

Todavía estaba mirando a Emily. No la había vuelto a ver desde esa vez y sus ojos verdes se veían brillantes, e intuía que no era exclusivamente por la alegría de los recién casados, sino que había más. Sí, ella era la mejor amiga de Penny, pero también había sido novia de Tommy por casi un año y si bien, había quedado a mi lado, al mismo tiempo, estaba frente a él.

Cuando se sentó, tomó en dos grandes tragos la copa de Champaña que tenía y levantó la mano para pedir otra. Como si el camarero hubiese decidido girar en torno a ella, le sirvió la segunda.

—Bueno... sí. Hemos encontrado casa —respondió él tomando la mano de Lia.

—¿Yaaa? —dijo Cassandra sin disimular el tono burlón.

—Y, es muy grande y bonita... —Yo sabía que ella se contenía de hacer preguntas más directas y que estaba tratando de guardar la compostura.

—¿Y...? —No pude evitarlo, quería confirmar mis sospechas, el brillo en el dedo de Lia hacía demasiado evidente cualquier otra cosa.

—Le he pedido a Lia que sea mi mujer. —Besó primero el dorso de su mano, para seguir con el lugar donde estaba el anillo.

—¿Tu mujer? —preguntó ella. El silencio era absoluto en la mesa, las miradas iban de Cassandra a Tommy, a Lia, a Max y a Emily.

—Así que tu mujer... —insistió Cassandra. Asintió nuevamente.

—¿Y tú aceptaste? —preguntó Emily, que acababa de terminar la segunda copa y que antes de volver a mirarla, recibió la tercera de parte del hombre de la bandeja brillante.

—No —respondió Lia.

—¿Qué?... *Bellissima*... —dijo Tommy con una cara que decía que en cualquier momento haría un puchero.

—No acepté ser tu mujer, acepté casarme contigo, que no es lo mismo. —Lia le sonrió y él no perdió el tiempo para darle un beso que le quitó el aliento.

—¡Vamos a casarnos! —dijo mirándola a ella primero, y luego, a todos los que nos encontrábamos en la mesa.

—¡Felicitaciones! —Fue automático y lo primero que se me vino a la cabeza. Era mi mejor amigo y después de lo que les había tocado vivir en el último tiempo, no podía más que ponerme contento al pensar, que por fin él y Lia encontraban su camino.

Salí de mi lugar en la mesa y crucé directo hacia donde estaban, para abrazarla a ella primero y después a él.

—Estoy muy contenta por ustedes —dijo Cassandra que se había levantado también y estaba detrás de mí.

—Ya era hora —agregó Max.

Uno a uno, todos los que estábamos en la mesa, nos acercamos para felicitar a los nuevos futuros esposos.

Emily fue la última, abrazó con fuerzas a Lia y de manera muy breve a Tommy.

—¿Tienen fecha? —preguntó Cassandra que se caracterizaba por acelerar las cosas y hablar sin filtro.

—No tan rápido, le pedí matrimonio justo antes de venir, por lo que todavía no hemos conversado al respecto.

—¡Maravilloso! Lo tengo todo, los datos, los proveedores... todos los... —aplaudía.

—Cariño, —le dijo Max y besó su mano— deja que Lia se acostumbre primero a la idea de estar con este idiota, y luego podrás ayudarlos en lo que quieras.

—Cierto —respondió ella con un suspiro.

La dinámica se centró en «matrimonios», comentarios sobre Alex y Penny, preguntas y

respuestas sobre Tommy y Lia. Durante todo ese tiempo, Emily y yo nos dedicamos miradas furtivas.